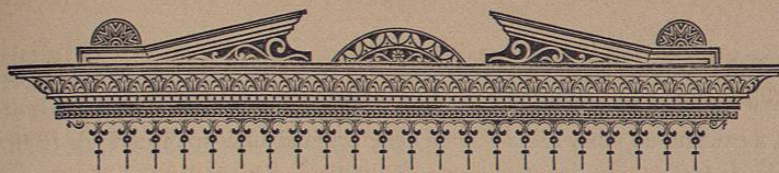


marca de la tierra, y con más razón digna del Primado de la Iglesia Mexicana.

Dos láminas de plata bruñida, una al frente y otra detrás del mueble, contienen las inscripciones siguientes. En la primera se lee: *La Escuela de Artes de la Sociedad Católica, al Ilmo. Sr. Dr. D. Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos en su Jubileo Sacerdotal. México, 8 de Diciembre de 1889;* y en la segunda: *Pastor est ovium. Et oves illum sequuntur quia sciunt vocem ejus.*—S. JOANNES, C. X, v. 2 y 4.



B

Discurso Sagrado QUE PREDICÓ EL DÍA 8 DEL ACTUAL EN LA SANTA IGLESIA CATEDRAL DE MÉXICO, CON MOTIVO DEL JUBILEO SACERDOTAL DEL ILLMO. SR. ARZOBISPO Dr. D. Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos, EL ILLMO. SR. DR. Y MAESTRO D. Ngnacio Montes de Oca y Obregón, OBISPO DE SAN LUIS POTOSÍ.

Sanctificabis annum quinquagesimum: ipse est enim jubilæus.
Santificarás el año quincuagésimo: porque es año de jubileo.

LEVITIC. XXV, 10.

ILLMO. SEÑOR: ¹

¿Qué significa este concurso, tan escogido como numeroso, cuya vista me llena al mismo tiempo de confianza y de temor? ¿Por qué más de un Prelado abandona su diócesi, en una época en que ordinariamente se nos prohíbe ausentarnos de nuestras Iglesias? ¿Por qué tantos párrocos, tantos religiosos, tantos sacerdotes, se alejan de su residencia en un día tan solemne, y se reúnen bajo las bóvedas de esta insigne Basílica? ¿Qué objeto tiene la cita que parecen haberse dado en este sagrado recinto, hoy demasiado estrecho para contener tamañas multitudes, los fieles más devotos, los personajes más distinguidos, las damas más piadosas, no sólo de la capital y de las ciudades circunvecinas, sino aún de las regiones más lejanas, que las nuevas vías de comunicación han acercado á nuestras puertas?

¹ El Illmo. Sr. Arzobispo de México.
Se hallaron presentes los Illmos. Sres. Obispos de Leon, Zacatecas, Puebla, Yucatán, Chiapas, Oaxaca, Veracruz y Sinaloa.

Perdona ¡oh Virgen Sacrosanta! si profiero palabras á primera vista irrespetuosas para tu excelsa majestad. A ningún otro pueblo de la tierra cede el mexicano en amor hácia tí, y en veneración al augusto misterio de tu Inmaculada Concepción. Pero no es á celebrar en tu honor una fiesta que con mayor gusto habrían solemnizado en sus respectivas catedrales, parroquias ó santuarios, á lo que principalmente han venido las turbas que en derredor miro apiñadas. Hemos venido, Illmo. Señor, (si me es lícito apropiarme las palabras de San Jerónimo), á tributar las alabanzas que debemos á vuestra noble vejez, y á contemplar vuestra majestuosa cabeza, blanca como la nieve, y adornada de cabellos cándidos como lana, á semejanza de la de Cristo, cuando apareció á San Juan en el Apocalipsis, sentado entre los áureos candelabros y cubierto con la rica vestidura de Sumo Sacerdote: *ut senectutem tuam, et caput ad similitudinem Christi candidum, dignis vocibus prædicemus*. Hemos venido á dar gracias al Padre de las misericordias, que durante cincuenta años os ha permitido ejercer entre nosotros vuestro sublime ministerio; y á unir nuestras preces á las vuestras, hoy que con paso todavía firme subís al altar á que hace medio siglo os acercasteis con planta trémula, aunque en la flor de la juventud. Hemos venido, por último, y muy principalmente, á rogar á la Virgen concebida sin mancha, que inauguró vuestra carrera sacerdotal, y os cobija aún con su manto en este semi-secular aniversario, que interceda por Vos ante su Hijo Divino, para que por largos años os prolongue una vida, si penosa para Vos mismo, necesaria en las actuales circunstancias á toda la Iglesia Mexicana. A interpretar estos sentimientos de admiración, de gratitud y de esperanza, que abrigan los fieles que me circundan y nutre la nación entera, se reducirá mi *homilia*, que para no cansaros, Illmo. Señor, en este día de emociones, y para obsequiar vuestra especial recomendación, será, contra mi costumbre, brevísima.

I

Trasportaos por un momento, Señores, á la suntuosa Basílica de la Paz, en Hipona, en una hermosa mañana de Septiembre, del año en que por vez duodécima era cónsul Teodosio, y por segunda Valentiniano, en el Imperio ya decadente de la antigua Roma. Un inmenso concurso de fieles de todas clases de la sociedad se abriga bajo aquellas bóvedas, que muy presto caerán derribadas por la barra destructora de los Vándalos. En torno al altar, y en medio del numeroso clero, se ve, entre otros distinguidos sacerdotes, á Heraclio, designado por la voz pública como el futuro Jefe de aquella im-

portante Iglesia; y en medio de los dos Obispos, Religiano y Martiniano, se sienta majestuoso en su trono el grande Agustín.

Blanca flota sobre sus sagradas vestiduras la sedosa barba que, cuando por vez primera empuñó el cayado pastoral, caía en rizos de ébano sobre su pecho. Al levantarse á arengar á su pueblo, se nota que algo vacilan sus piernas, y aunque su voz es todavía tan vigorosa como en otro tiempo, un estremecimiento de terror agita al auditorio al escuchar sus primeros ecos. Los bárbaros, es cierto, no se hallan aún á las puertas de Hipona. Aún está lejos el momento en que el insigne Prelado rogará al Señor que corte el hilo de sus días, antes que ver al enemigo penetrar en los muros de su amada ciudad, y destruir en un instante, y para muchos siglos, las bellas obras espirituales y materiales que la actividad del gran Padre y sus gloriosos predecesores han acumulado en muchos años, con la ayuda de la Providencia. Pero un vago presentimiento invade ya los corazones del pueblo y del clero, de los Obispos asistentes, y sobre todo del gran Prelado, y apenas abre éste los labios, gruesas lágrimas empañan los ojos de los contristados oyentes y el facundo orador.

“Todos somos mortales—exclama—y ninguno sabe en la mañana si verá ponerse el sol que tan radiante acaba de nacer. Sin embargo, tras de la infancia se espera que vendrá la niñez, y que á ésta sucederá la adolescencia. Confía el adolescente llegar á la juventud, y el joven aguarda que lo consolide la edad madura. El varón perfecto, aunque no sin temores, cree alcanzar la vejez; pero al anciano ¿qué le toca esperar? ¿Qué viene, por mucho que se prolongue, tras de la senectud?”

“La voluntad divina me trajo á esta ciudad en la flor de los años; pero el tiempo no ha trascurrido en balde, y aquí teneis convertido en anciano al que visteis llegar en medio de vosotros joven, robusto, activo, vigoroso, lleno de celo y esperanzas. La experiencia me ha enseñado que á la muerte de un obispo, las ambiciones, las simpatías, las enemistades, trastornan casi siempre su Iglesia, y yo quiero evitar á la mía los males que en otras he presenciado, tomando, antes de morir, las medidas conducentes á efecto tan santo.”

Al llegar á este punto el elocuente Prelado, el pueblo le interrumpió entre sollozos, y en todos los ángulos de la Iglesia se levanta unánime el grito: *Te patrem, te episcopum*. No nos hables de tu muerte, Pastor venerado, no menciones el nombre del que designas para heredar tu báculo. Tú has sido nuestro Padre en las épocas prósperas; tú, como buen Padre, nos has acariciado y nos has reprendido; tú nos has visto nacer, tú nos has criado, tú nos has llevado al altar, tú has acompañado á nuestros progenitores al sepulcro. Tus ovejas somos, te conocemos ¡oh Pastor! y tú nos conoces. No, no queremos tomar de otras manos el pasto saludable, á tí solo reconocemos por Padre, á tí solo queremos por Obispo. *Te patrem, te episcopum*. ¡Oh Cristo, Príncipe de los Pastores, no nos dejes huérfanos ahora que tantos peligros

nos amenazan, que los Vándalos se acercan, que el Imperio Romano se desquicia! Ahora más que nunca hemos menester de la prudencia, de la sabiduría, de la fortaleza, de la experiencia adquirida por nuestro insigne Pastor en tantos años de episcopado. ¡Oh Cristo, en cuyas manos está el destino de los hombres y de los pueblos, concede aún larga vida á nuestro venerado Agustín, prolonga esa vida tan necesaria para su Iglesia! *Exaudi Christe, Augustino vita.*

¿Me equivoco por ventura, señores, al afirmar que, si las costumbres de nuestro siglo lo permitieran, iguales clamores se elevarían al cielo en todo el ámbito de este templo vastísimo? ¿Esos gritos pidiendo la vida del adorado pastor, que los fieles de Hipona hasta diez y seis veces repitieron, no corresponden á los vehementes deseos de vuestros agradecidos corazones? En la conciencia de todos están las verdades que voy á enumerar. Si nuestros santuarios han cesado de profanarse ¿á quién lo debemos? Si se ha templado algún tanto el furor de los enemigos del nombre cristiano, ¿á qué causa, sino á la dulzura del Pastor de la Iglesia Mexicana, á sus virtudes religiosas y sociales, y su fino tacto es preciso atribuirlo? Por él reciben todavía vuestros hijos una educación cristiana, por él habeis recobrado y conservais un poco de esa libertad religiosa, que en un instante se pierde, pero no se recupera sino después de siglos de luchas y sufrimientos. Comparad la situación que la Iglesia de México guardaba hace veinte años; recordad el desaliento de los unos, el encarnizamiento de los otros, el odio mutuo y la desconfianza general. No quiero pintaros lo presente color de rosa; pero sí convendréis en que el celo de vuestro Prelado, haciéndose todo para todos, sufriendo todo con invicta paciencia, perdonando todo, tendiendo á todos la mano, amonestando suavemente á propios y extraños, ha curado muchas heridas, remediado muchos males, reparado muchas ruinas. Ved cómo en medio de tan recias tempestades boga, comparativamente tranquila, la combatida navicilla de la Iglesia que él dirige. Ved con qué tacto exquisito gobierna su mano esta diócesis, cuya importancia es tan grande, que un error del Prelado puede comprometer los intereses, no sólo del territorio de su mando, sino de la República entera. ¡Ay de nosotros, si en circunstancias tan críticas, llegara á faltarnos el Pastor que hemos venido á felicitar! ¿Qué sería de la Iglesia toda de México, si en momentos tan azarosos viniera á regir los destinos de su principal Metrópoli, un varón demasiado austero, sin conocimiento del mundo, sin tino para plegarse á las exigencias de una situación difícil, sin paciencia para soportar el error, sin atractivos para ganarse al descarriado, sin influjo personal ni dotes de gobierno?

Peor sería nuestra suerte, si heredara el cayado del que hoy contemplamos grande en la paz, pero que ha sido no menos grande en las espirituales batallas, algún inexperto sacerdote, sin la influencia que dan las pasadas luchas, sin el prestigio de la ciencia ó las letras, sin la aureola del sufrimiento,

sin la gravedad de los años, y sí tal vez con esa debilidad que engendra la ambición, con esa cobardía que nace de la vanidad, con esa pusilanimidad, hija de la falta de sólida doctrina, que hacen que se sacrifiquen los más sagrados intereses, y se inmolen en las aras de una bastarda diplomacia los más santos principios. ¡Ah, señores! Mirad en derredor, y por más que nos cuesta confesarlo, no hallaréis un Heraclio, en quien para legarle su penosa herencia, puedan fijarse las miradas del que, nuevo Agustín, parece decirnos hoy desde su trono: Era joven cuando empecé á ejercer el ministerio sacerdotal: vedme ya encanecido por cincuenta años de apostólicos trabajos.

He aquí por qué, empezando por donde quizás debía terminar, dirijo desde luego á vuestro nombre ferviente plegaria al Todopoderoso, para que nos conserve largos años de vida del Venerable Pastor.

II

Es antigua manía el alabar los tiempos pasados y encarecer la maldad de los presentes. Tan general ha sido esta costumbre desde las épocas más remotas, que ya Salomón reprende á los que preguntan por qué fueron mejores los años que ya trascurrieron, y tacha de necedad semejante pregunta. Pero á fuerza de evitar esta exageración se suele caer en la contraria; y hay muchos que al comparar la historia de los primeros Arzobispos de México con la del actual Prelado que preside esta ceremonia, lo declaran feliz en parangón con sus predecesores, y abultando las dificultades que los antiguos encontraron en su camino, pintan color de rosa las tribulaciones de la Iglesia Mexicana en nuestros días, y hacen aparecer á su Jefe nadando en dicha y en prosperidad. Que tuvieran grandes tropiezos los fundadores de estas cristiandades, nadie lo niega. Que muy á menudo se vieran envueltos en luchas encarnizadas los Pontífices de esta Metrópoli, ninguno lo duda. Pero ¡cuán insignificantes fueron estas escaramuzas, cuán ligeros tales reveses, cuán superables esos obstáculos, si se les compara con las batallas, los infortunios y los azares que en sus cincuenta años de sacerdocio ha tenido que sufrir el 31º Arzobispo de México, y cuán pocos han sido los triunfos ó los consuelos que han disminuido la amargura de sus interminables penas!

Bien conocido es el espíritu que animaba al venerable Zumárraga cuando cruzó los mares para venir al Nuevo Mundo. Deseaba, sí, evangelizar. Suspiraba por ganar almas al cielo; pero sabía que para plantar el árbol del Evangelio se necesitaba regarlo con sangre, y ardía en deseos de que la suya, derramada por manos idólatras, se convirtiera en esa simiente fecunda

de cristianos, de que ya en su tiempo hablaba Tertuliano. Grande fué su sorpresa al ver que sin graves obstáculos abrazaban la fe los aborígenes; que la misma Reina del Cielo, con milagros patentes, se dignaba ser su colaboradora en el apostolado, y que por millares se bautizaban diariamente los recién conquistados. ¿Qué dicha puede compararse á la de un misionero que en pocos años ve desaparecer la idolatría y dilatarse la fe en el vasto territorio, antes inculto, á que lo ha enviado la Providencia? ¡Mil veces venturoso el Prelado cuyo único lamento es no poder hallar el martirio entre pueblo tan dócil! ¿Qué son, ante estos inefables consuelos, algunas disputas con los gobernantes, algunas cuestiones con los magistrados, alguna calumnia que fácilmente se disipa aun antes de llegar al trono regio?

¡Qué satisfacción tendría Montúfar al reunir en Concilio, no sólo una sino dos veces, á los Obispos de la naciente Iglesia, y al ver las leyes que dictaron puntualmente obedecidas y fielmente acatadas, aun por aquellos que empuñaban la espada, todavía llena del prestigio del conquistador, y podían reinar absolutos á tan gran distancia de la Madre Patria! ¿Quién soñó siquiera en ponerle obstáculos á la construcción de la Ermita de Guadalupe, que más tarde había de convertirse en Basílica?

Permitidme que os llame la atención al Pontificado del tercer Arzobispo de México. Apénas ha pasado medio siglo desde que el Venerable Zumárraga puso los pies en la Nueva España, y ya su capital presenta el aspecto de una Toledo ó una Sevilla, merced principalmente á sus prelados, y á la cooperación que el gobierno y el pueblo les prestan. Mirad al inolvidable Moya de Contreras presidiendo el tercer Concilio Mexicano, de imperecedera memoria. Vedlo en las aulas de la Universidad que ya florece al par de las de Salamanca y París, rodeado de casi un centenar de doctores, y dirigiendo certámenes literarios y científicos, cuyo recuerdo todavía nos entusiasma. Contempladlo visitando uno tras otro los cuarenta conventos de religiosas que ya se elevan majestuosos en la sola Metrópoli, en los cuales alaban al Señor cerca de mil vírgenes de la joven América, sin que nadie pretenda coartarles la libertad de servir á Dios conforme á los deseos de su libérrimo corazón. Recorred los hospitales, y colegios, y monasterios de varones, ó fundados, ó enriquecidos por los Prelados mexicanos, y en los cuales resplandece la caridad, impera la ciencia, florecen las letras, reina la santidad, y decidme: ¿no puede llamarse dichoso el Prelado á quien en tales tiempos concedió la Providencia vivir y brillar?

No os alarmeis, Ilustrísimo Señor, creyendo que voy á trazar la historia de cada uno de vuestros Predecesores; permitidme, sí, que os presente de relieve uno que otro cuadro que haga resaltar, al propio tiempo que la grandeza de aquellos, lo espinoso de vuestro pontificado.

Estamos en el mes de Septiembre de 1629. Las lluvias, torrenciales siempre, se han desencadenado de tal suerte, que parece que las cataratas del

cielo se han abierto como en tiempo de Noé, y los torrentes que de ellas se precipitan sobre la laguna, aún no seca, que sirve de base á la ciudad de México, amenazan sepultarla para siempre. Las calles de la capital de Nueva España, más aún que cuando Cortés la contempló entusiasmado, la hacen asemejarse á Venecia; pero ¡ay! sin los diques y muelles, sin los indestructibles palacios y numerosas góndolas de la Reina del Adriático. Aislados los habitantes, encarcelados por las aguas, con sus casas arruinadas ó amenazando ruina, sin víveres ni provisiones, claman en vano por socorro, en balde piden por lo menos los auxilios que en el último instante suministra nuestra Santa Religión.

En medio de la desolación general, una figura majestuosa se desliza, rápida como flecha, en improvisada barca por las anegadas calles de la afligida capital. A todos consuela, á todos socorre, á todos distribuye con los víveres del cuerpo el pan de la palabra y el eucarístico alimento. Es vuestro glorioso antecesor Manso y Zúñiga, Señor Ilustrísimo; es vuestro glorioso antecesor, cuya caridad no se cansa, aunque largos meses se prolonga la inundación con sus horrores y tristes consecuencias, y cuya piedad recurre al fin, como vos habeis hecho recientemente, á nuestro último refugio y amparo, María Santísima de Guadalupe.

Ved, señores, cómo la portentosa Imagen sale de su templo, y colocada en tosca, pero adornada canoa, viene desde su Santuario hasta la Catedral de México. Admirad la devoción con que aquellos piadosos fieles la saludan al pasar, y la invocan, y la acompañan, si pueden, por entre las aguas á su provisoria morada. Oid las bendiciones que, sin que haya una sola voz discordante, siguen por donde quiera al Arzobispo, aplaudiendo el noble pensamiento de cobijar la Ciudad con el milagroso Lábaro, y de hacer volver el rostro de la sobrehumana Efigie al irritado cielo, que, no satisfecho aún, envía la peste tras el largo diluvio. Recordad la gratitud universal hacia el Prelado, que continuando sus obras de beneficencia, establece él solo siete hospitales en su afligida ciudad.

Venerable Hermano de León, que conmigo habeis venido á honrar á nuestro antiguo Jefe y favorecedor. Venerable Hermano de León: cuando no hace muchos meses, emulando á Manso y Zúñiga, hicisteis prodigios de caridad y desprendimiento al ver que las aguas sepultaban vuestra ciudad episcopal: ¿resonaron en torno vuestro iguales aplausos, os acompañaron iguales bendiciones, se pusieron en vuestra mano iguales medios, para las obras de beneficencia que os tocaba emprender?

¡Ay! ¡En los tiempos que corren, apénas cubrir malamente las brechas abiertas por el enemigo puede el Prelado mexicano, y de cuán diverso modo que en los siglos pasados!

Brechas tuvo que llenar el insigne Haro y Peralta. Huecos, al parecer irreparables, había dejado en el profesorado, en las misiones, en los ministe-

rios eclesiásticos, la Pragmática sanción de Carlos III; y sin embargo, él encontró elementos con que remediar tamaños desastres. ¡Dichoso Prelado, que pudo tantas veces, nunca estorbado y siempre bendecido, practicar la visita pastoral de su vastísima arquidiócesis, que en vez de quejarse como vos, Ilustrísimo Señor, de la falta de sacerdotes, los ordenó á millares durante su fecundo pontificado, que pudo fundar hospitales, restaurar colegios, emprender obras grandiosas en lo temporal y en lo espiritual!

Brechas tuvo que llenar Posada y Garduño; y con usura reparó los desastres causados en tantos años de anarquía. La Iglesia agradecida recuerda sus beneficios; aún no se borran las huellas de las nuevas órdenes religiosas en su tiempo introducidas; aún están escritos en la historia con áureos caracteres los favores por él impartidos á la Nación. Cuando este buen Prelado, el último Arzobispo de México que gobernó feliz y tranquilo, recibió la consagración episcopal, empezábais, Ilustrísimo Señor, á ejercer el fecundo ministerio, á que vamos á lanzar una rápida ojeada.

III

Estoy seguro, Illmo. Señor, que haciendo abstracción del inmenso concurso que nos rodea, vuestro pensamiento vuela, con el nuestro, á la iglesia de San Francisco de vuestra nativa Zamora. Allí se me figura contemplaros el 8 de Diciembre de 1839, inmolando por vez primera el Cordero sin mancha; y nuevo Melquisedec, ofreciendo sobre el altar el celeste pan y el místico vino. Se me figura, después que vuestros deudos y el devoto pueblo os han besado las palmas recién consagradas, veros absorto ante el tabernáculo, entonando de rodillas himnos eucarísticos al Señor que os ha elegido su sacerdote por toda una eternidad.

¿Qué os dice al oído vuestro angel tutelar, que con tanta felicidad os ha guiado hasta el fin de la primera jornada? ¿Os hace, por dicha, entrever vuestros futuros destinos? ¿Os revela las luchas que vais á sostener, las victorias ¡ay! demasiado fugaces que os han de alegrar, los reveses, las ingratitudes, las penas que os han de agobiar durante medio siglo? ¿Descorre á vuestros ojos el velo de lo futuro, y os muestra, por acaso, los primeros asaltos que se dirigirán á la Iglesia, precisamente en los momentos en que la Iglesia estará generosamente socorriendo á la Patria, ultrajada por injusto invasor? ¿Os anuncia los nuevos y rudos ataques de que será blanco al acabar vos mismo de recibir la plenitud del sacerdocio? ¿Os predice las

constantes persecuciones en que vos sereis siempre la primera victima, aun de parte de aquellos cuyo sostén os habreis constituido?

Yo no lo sé, en verdad; pero sí comprendo que vuestro primer sacrificio ha sido grato á los ojos del Señor; y aunque no baje fuego divino á consumir vuestras ofrendas como las del justo Abel, señales evidentes han de mostrar al mundo incrédulo que han sido aceptadas por el Padre Omnipotente, y que El estará siempre con vos y guiará vuestros pasos. Id, y ejerced en las aulas el modesto, pero meritorio apostolado del Profesor. Subid á la tribuna, aún no vedada al eclesiástico, y encended en todos los pechos la viva llama del patriotismo que desde temprano os anima. Mostraos en el foro abogado del huérfano y del desvalido. Tronad en el púlpito contra el vicio. Llevad al moribundo los auxilios de la Sagrada Religión de que sois ministro; el Señor está con vos, y os hará pasar ileso por en medio del fuego.

No vaciléis en ceñir la brillante mitra que el Estado, unido aún á la Iglesia, os ofrece en temprana edad. Es cierto que será para vuestras sienas corona de espinas y manantial inagotable de acerbos dolores; pero el Señor estará con vos en medio de las batallas que seréis el primero en librar; El os acompañará á través de los mares; El os salvará de todos los peligros; El os hará tornar glorioso y triunfante al seno de la Patria, adornado ya con el palio de la Iglesia de México.

Mas ¡ay! la columna por vos mismo erigida para sostener la amenazada Iglesia, se desplomará sobre vos y os amagará de muerte. No temáis: vuestro primer sacrificio ha sido aceptado por el Altísimo; El os salvará; El os conducirá de nuevo á través del Océano; El os traerá una vez más al suelo patrio, y conservándoos fuerte y robusto, á despecho de los esfuerzos del tiempo, armará vuestro brazo y os hará descollar majestuoso entre los escombros del arruinado Templo, dándoos virtud para reedificarlo con vuestro aliento, y para hacer reanimarse los áridos huesos de sus yertos adoradores.

Señores: en sus libros inspirados promete Dios largos años de vida sobre la tierra, al que honrare debidamente á su madre. El medio siglo de fecundo sacerdocio que la Providencia ha concedido al Pastor que hoy felicitamos, ¿no es una prueba divina de que ha honrado de una manera extraordinaria á su madre la Iglesia, á su madre la Patria? Recorred, si no, los variados sucesos de su vida sacerdotal y política; sucesos que no me es lícito conmemorar en este dia, porque equivaldría á hacer su panegírico, y el Espíritu Santo nos prohíbe alabar á un hombre, por grande que sea, antes que haya bajado al sepulcro. Igualmente declara Salomón, bajo el dictado del mismo Divino Espíritu, que el sucederse los Príncipes uno tras otro, después de corto reinado, es un castigo impuesto á los pecados del pueblo. Por el contrario, el gobierno prolongado de un caudillo, y con mayor razón, de un Obispo, es una señal de predilección á sus súbditos, es una recompensa, es un singular beneficio. Grande fuente de consuelo, por tanto, debe ser para nos-

otros, el ver que el anciano Arzobispo de Guadalajara completó hace muchos meses, y el Metropolitano de México termina en este día faustísimo, los cincuenta años de sacerdocio, y que uno y otro se encuentran en el séptimo lustro de su episcopado. No, no ha vuelto el Señor las espaldas á México, á pesar de sus pecados sin número, cuando así prolonga la vida de sus espirituales caudillos. No, todavía queda alguna virtud en nuestra patria, todavía hay esperanzas para nuestra adorable Religión: *propter hominis sapientiam vita ducis longior erit.* (Prov. XXXVIII, 2).

En el libro del Levítico está escrito: *santificarás el año quincuagésimo, porque es año de jubileo*, y la Iglesia cristiana, conformándose á tan justo mandato, celebra con gracias extraordinarias el año que señala la mitad de cada siglo, y el que marca el fin de cada centuria. En la vida del hombre igualmente se guarda como época de júbilo especial el aniversario semi-secular de un matrimonio, de la recepción de un médico ó de un abogado, de la primera misa de un sacerdote.

Y con razón. Si cincuenta años es ya un largo período en la historia del mundo, ¡cuánto más largo no será, comparado con la vida relativamente breve de un hombre sobre la tierra! No hace aún diez y nueve siglos que Jesucristo expiró en el Calvario; aún no se cumplen cuatro desde que su Cruz gloriosa fué plantada en el Nuevo Mundo. Haber ejercido cincuenta años el ministerio sacerdotal, significa, por tanto, haber trabajado en la viña del Señor la trigésima séptima parte del tiempo trascurrido desde que fundó Jesucristo su Iglesia, la séptima parte del período empezado con la introducción del Cristianismo en nuestro México. Y si tan largos sudores merecen en el cielo eterna recompensa, y en la tierra cordial gratitud, aun tratándose de un simple acólito ó lector, de un oscuro diácono, de un humilde párroco, ¿qué será siendo vos el héroe, Señor Ilustrísimo, vos, que durante tantos años no sólo habéis sido *magna pars* en los acontecimientos que han señalado esta época memorable para la Iglesia y el Estado, sino que habéis sido y sois el centro adonde se dirigen todas las miradas, habéis personificado y personificáis aún la Iglesia toda de la Nación Mexicana?

Con razón de todas partes hemos venido á felicitaros, y á rendiros el homenaje de admiración y gratitud, que todos sin excepción os debemos, y antes que ninguno vuestro siervo y hermano. ¿Recordáis el pequeño oratorio de Roma, en que, hace 27 años, el día caluroso en que la Iglesia celebra el martirio del protodiácono San Lorenzo, me conferisteis el orden del diaconado? Hoy vengo á restituiros la potestad de predicar que entonces me disteis. Vengo, quizás antes de enmudecer para siempre, á entonar en vuestro honor el canto del cisne. Bien lo notáis, señores: ya no vibra sonora, como antes, la voz cuyo timbre hace once y hace veinticinco años con tanta benevolencia escuchabais, y muchos indicios me anuncian que pronto va á expirar mi misión en el púlpito. Ya desaparecieron los cabellos que aun

sombreadan mi rostro, cuando en torno mio os apiñabais; y hoy comparezco delante de vosotros agobiado con el peso de casi cuatro lustros de azaroso episcopado. Y soy un niño en comparación del Prelado que contemplais robusto y vigoroso, y que puede decir, como Caleb á los 85 años exclamaba: mi salud es tan buena como hace medio siglo, y la robustez de los días de mi juventud aún se conserva, sea que se trate de largas marchas, sea que se hable de combatir: *illius in me temporis fortitudo perseverat, tam ad bellandum quam ad gradiendum.* (Jos. XIV. 11.)

¡Venerables Hermanos en el Episcopado! Me regocijo de veros reunidos en derredor del que es Metropolitano de muchos, Padre de no pocos, Hermano de todos. Jamás en la América española se había visto reunido un número mayor de Prelados, ni en los Concilios Mexicanos, ni en los de Lima, ni en los recientes de Quito y Bogotá. Muchos de vosotros recibisteis la consagración episcopal de manos del que hoy venís á felicitar, y le deseasteis larga, muy larga, larguísima vida, repitiendo por tres veces la frase litúrgica *ad multos annos*. Repetidla conmigo ahora, que más que nunca veis la necesidad de que siga por muchos años presidiéndonos, escudándonos, dirigiéndonos.

¡Pueblo Santo de Dios! ¡Con qué placer giro en derredor los ojos, y contemplo extasiado el arranque de gratitud que os ha traído á las plantas del gran Metropolitano! Aquí estáis reunidos en gran número, piadosos habitantes de la Capital y de la Arquidiócesi, que sois testigos inmediatos de sus virtudes y sus sufrimientos. Aquí estáis, habitantes de Zamora, que os gloriáis de haber mecido su cuna y de deberle el engrandecimiento de vuestra nativa ciudad. Aquí os contemplo, fieles de Puebla, ufanos de haber sido sus primeros hijos. Aquí miro representantes de Sonora y de Chiapas, de Yucatán y Nuevo León, del Norte y del Sur, del Este y del Oeste de nuestra República. Aquí veo á los Enviados de las naciones extranjeras, á quienes debidamente agradecemos esta muestra de deferencia y de respeto al insigne Pastor. Aquí descubro aun á muchos que no pueden llamarse por cierto ovejas de este redil, y vienen, sin embargo, á rendir homenaje á la virtud, al talento, á la bondad del gran sacerdote.

¡Oh Cristo, Príncipe de los Pastores! escucha benigno la súplica que, á semejanza del pueblo de Hipona; te dirige de nuevo por mis labios este inmenso concurso. Prolonga la vida tan necesaria del buen Padre y Pastor; concédenos que podamos otra vez reunirnos dentro de diez y seis años á celebrar su jubileo episcopal: *exaudi Christe, Pelagio vita.*

